

Fragmento

RAQUEL llega a la estación de Atocha en su viaje de vuelta. Al día siguiente comenzaba su rutina diaria en la Biblioteca Nacional. Una mañana más, saldría del insomnio bajo el imperativo de aquella maquinucha negra, que le recordaba a las seis y media que era hora de empezar el día. Por la ventana de su cuarto de alquiler, la luna, su enemiga, la miraba con insolencia desde allí arriba, burlándose de su desgana. Su compañero de apartamento deambularía como un sonámbulo, con la luz apagada en la cocina, buscando con el ceño fruncido entre los cartones de leche vacíos en el refrigerador. Esa mañana, la luz que despedía aquel armario helado, blanco, le hizo percibir la figura de César como un ser ajeno a la casa, un desconocido hurgando malhumorado unas gotas de leche para añadir al café amargo, hervido una y otra vez. Raquel cruza el pasillo de puntillas hacia el baño...

El grifo de la ducha chirrió tres veces, y una catarata de agua tibia se deslizó por el sanitario blanco. El vaho inundó por completo la alicatada estancia hasta hacerse invisible bajo la neblina. Raquel disfrutaba bajo el chorro intenso de agua caliente cada mañana. Le encantaba cubrir su piel entera con la espuma de aquel jabón con el que su abuela la bañaba de pequeña, convirtiendo aquel ritual purificador en un episodio anacrónico...

La mañana se había convertido para Raquel en un maratón sin fondo. Desearía por un momento que aquel día hubiera terminado ya, que la noche regresara del letargo, volver al lecho aún caliente, de sábanas y mantas embrolladas, y desconectar aquel maldito despertador que siempre la miraba inquisidor, robándole el sueño que tanto añoraba. Antes de llegar al trabajo debía pasar por Atocha. Un amigo de Juan, Pablo, llegaba a Madrid a las siete y media para asistir a una competición de esgrima a nivel estatal, y traía consigo la cartera con los documentos que Raquel se había olvidado en el hotel donde había pernoctado con Juan. Su cuarto estaba repleto de bolsas de plástico con ropa sucia, zapatos sin sus pares, perdidos por el suelo, papeles también, cajas con sus compras estivales, toallas húmedas con arena del mar, la maleta abierta... ni siquiera contaba con unos minutos para desayunar ni desenredar todo aquello. Se vistió con premura y tomó el bolso de cuero que su madre le había regalado en su último cumpleaños, mientras miraba con zozobra la estancia. Debía sacar un hueco para llamarla antes de comer, se recordó. Arranca el cable negro conectado a la pared de un zarpazo, e introduce el diminuto teléfono en el bolsillo interno de su chaqueta mientras se maldice.

Estaba sin apenas batería y debía tenerlo operativo por si Pablo la llamaba desde la estación.

Raquel cerró la puerta con fuerza después de tomar las llaves de César consciente de que, cuando éste las buscara sin éxito, la llamaría al trabajo para reprocharla el descaro. No sería la primera vez. No tenía tiempo para buscar entre sus bolsos, las malditas llaves que siempre perdía. Al salir al descansillo, a oscuras, sólo la luz roja del ascensor se divisa entre la penumbra. Tomó las escaleras bajando al galope los siete pisos que la separan del suelo. Allá arriba, sobre su cabeza, los gritos y riñas de los niños del décimo le resultan más inoportunas que de costumbre. Cada mañana se disputaban el control del ascensor. Apretar el botón y comenzar el viaje en aquella diminuta caja de hierro, se convertía en una pesadilla que concluía casi siempre en llanto.

Raquel salió a la calle como si una lengua de fuego le quemara las espaldas. A unos cincuenta metros estaba situada la boca de metro más cercana, aunque antes de llegar a ella, se detuvo en el quiosco de Miguel para hacerse con un par de periódicos con los que ella y Lola, su compañera de sección, se entretenían a primera hora de la mañana. Miguel toma la moneda que Raquel le ofrece con los dedos ennegrecidos por la tinta.

-Raquel, estás muy pálida hoy... ¿te encuentras bien?

Una náusea se apodera de su pecho que más tarde consigue retener. Ha de almorzar algo, se siente débil. Mira hacia arriba intentado atisbar la figura de César amenazador, asomado a la ventana de su habitación chillando su nombre. Corre calle abajo. Respira hondo. El cielo sobre la gran urbe, vestía un color extraño aquel día. La luz del sol parecía asomarse con temor, y los coches, con sus luces artificiales esta vez, por las calles aún en tinieblas, pueblan con furia la ciudad dormida. Los niños repeinados, con sus camisitas pequeñas, blancas, recién planchadas, cargan en sus espaldas las carteras con sus útiles de estudio, los libros, el almuerzo. Cuatro de ellos se separan del grupo corriendo calle abajo seguidos por la madre asustada que les grita al llegar a la esquina, intentando evitar que se abalancen sobre la congestionada avenida. Un estado de pánico se apodera de Raquel, el vómito de nuevo en la garganta al verlos diminutos, precipitarse hacia la calzada, donde finalmente son retenidos por dos viandantes que los devuelven a la madre colérica. Todos ellos junto a Raquel bajan las escaleras del metro. Parada calle Velázquez.

Monitores cuelgan de los bajos techos de la estación de metro con informativos matinales de la comunidad, anuncios publicitarios, predicciones meteorológicas, eventos culturales. En la esquina derecha, una numeración digital, la hora, los minutos, los segundos.... “y cincuenta y seis, y cincuenta y siete, y cincuenta y ocho, y cincuenta y nueve” se dice... no estará a tiempo en Atocha. Un esquema mental del viaje, en la cabeza, con el color de cada línea, las paradas, dos trasbordos... los minutos en cada pantalla parecen observarla, la gente con la que se cruza mientras se desliza de cabeza hacia una piscina sin fondo, por las escaleras mecánicas atestadas de estudiantes, camareros, secretarías, azafatas, funcionarios, enfermeras, abogados, trabajadores de la construcción...a todos empuja y grita. El rugido del tren se apodera de la terminal de la línea cuatro, y un pelotón de pasajeros se introduce en el vagón a empujones, como si el destino último de todos ellos estuviese en alguna estación cercana.

Raquel ya dentro, apoya su cuerpo exhausto, nauseabundo en una de las puertas. Frente a ella un panel explicativo con un esquema lineal de las distintas paradas. “De aquí a Goya, de Goya a Sol, de Sol a Atocha...” se dice entre dientes. Una pequeña de pie junto a ella, con su padre de la mano, la

mira con inocencia preguntándose por qué habla sola aquella desconocida. Vestía de uniforme, con una falda plisada de cuadros blancos y azules, y un abrigo azul también, a juego con sus medias de lana y sus zapatos brillantes. Su cabello castaño y perfumado, estaba recogido por una goma elástica con una gran margarita amarilla, que tocaba con disimulo para asegurarse que el vaivén del trayecto no la moviera de su sitio. También ella había vestido durante años aquella austera vestimenta, cada día, cuando era tan pequeña...

El irritante silbido del tren la despierta. Se precipita en la salida para detenerse después, en mitad del corredor, donde todos los demás la golpean en la carrera hacia la salida, como en un túnel sin fondo con la luz infinita escondida. Ella, a diferencia del resto, no busca la salida. Su viaje no acaba aún. Ha de encontrar, entre aquella maraña de pasillos estrechos, el camino a la línea azul, subir de nuevo al vagón, disfrutar del trayecto oscuro por aquel laberinto subterráneo de túneles, bajo aquella inmensa ciudad, donde el sol, aquella mañana, se escondía asustado bajo el cielo entumecido...

“Una manta espesa de cadáveres mutilados, esparcidos por el suelo junto a las vías, empañan de un rojo intenso la mirada de los que habían, por fortuna esquivado, el castigo de los dioses en aquel infierno infinito. Algunos de aquellos, impasibles, jamás volverían a oír el sonido del viento, caminar por la arena mojada, responder al abrazo amigo. Los más fuertes, tras salir del impacto visual que la realidad les ofrecía, acudían perplejos, con la ayuda divina, al clamor de los gritos que provenían de aquel esqueleto metálico, reventado, del que emanaba un olor extraño que embriagaría de por vida la memoria de todos ellos. El cielo entristecido en lo alto, acompañaba el lamento moribundo de los heridos con un llanto chispeante, incoloro, que calaba los ropajes con los que los supervivientes, cubrían los restos humanos de aquella masacre. Los dioses justicieros, poderosos, reunidos allá arriba, contemplaban lo ocurrido con alevosía mientras una cantidad incierta de individuos, poseídos como demonios, salían despavoridos de la estación, ante el temor de nuevas explosiones. Las sirenas se oían a lo lejos y un pelotón de sombras, impávidas, acudía a auxiliar a los vivos... mezclándose con los muertos... los heridos mutilados.... Una inmensa masa de carne abrasada, unida a un dolor infinito”.

Noelia Domínguez Ramos
The City University of New York

Crítica

En el relato “Fragmento” una voz omnisciente nos narra sobre la vida de una mujer en Madrid, España. El título del relato es reflejado en la vida de Raquel y como está compuesta por memorias convertidas en un enigma donde todo parece ser un rompecabezas. La vida de Raquel -- una mujer que está viviendo una vida llena de soledad y oscuridad -- se ha convertido en una rutina dominada por el cansancio. Tras el transcurso del relato se presentan pequeños fragmentos donde se comienza a ver una ruptura en la rutina de Raquel. Los pequeños fragmentos se pueden interpretar como anuncios de lo que se aproxima. Raquel continuamente menciona el deseo de terminar su vida porque esta cansada de la misma rutina de siempre. El día en que todo le parece extraño a Raquel se

presentan ciertos anuncios o presagios que indirectamente señalan la muerte. Al acercarse a la estación de tren Atocha comienza a sentir una inquietud inexplicable la cual le causa una soledad profunda. El relato termina en un trágico accidente en la cual muchas personas resultan muertas y que también se puede conectar con los presentimientos y los fragmentos que se le presentan a Raquel durante su rutina diaria. Se puede interpretar el cuento como una muerte anunciada que Raquel no se imagina pero puede sentir. Este relato también mezcla hechos históricos con el drama ficticio porque el accidente puede ser relacionado con la explosión en la estación de tren de Atocha, España del 11 de marzo del 2004 donde hubo 191 muertos. “Fragmento” nos recuerda cómo la vida de una persona común puede cambiar trágicamente en minutos y lo que queda de la vida se convierte en pequeños fragmentos de lo que fue.

Maribel Moreno
The University of Arizona